

Fuensaldaña.

A una legua larga de Valladolid, del lado del Norte, en un terreno bastante pobre de vegetacion y enteramente fuera de camino real, se presenta de repente á la vista del viajero, al llegar á la cumbre de una pequeña colina, un antiguo castillo, cuyas torres y murallas, con todo su aparato bélico, se hallan en el dia en un estado casi perfecto y como si no datase su existencia de mas allá del siglo pasado. Empero el carácter de su construccion, anterior evidentemente á la invencion de la artillería, no puede dejar la menor duda acerca de su respetable antigüedad. Si el viajero se halla dotado de una alma sensible y capaz de abrirse á las dulces impresiones de la poesía, su exaltada imaginacion le hará ver relumbrar detras de las almenas los bruñidos cascos, las sólidas corazas de la edad media, y le retratará al vivo á la hermosa castellana, que un dia adornára los góticos salones del castillo, y las escenas turbulentas y poéticas de aquellos tiempos de honor y de barbarie, de piedad y de supersticion. Pero si el susodicho caminante es un hombre de bien, de los que se pagan muy poco de castillos en el aire y están siempre al corriente del precio del pan y de la carne, contemplará con singular complacencia, y no sin envidia, este castillo de hermosa piedra de sillería, que ofrece un local tan apropósito para guardar las cosechas de algunos años, y unos huecos en que seria una delicia ver anidar inocentes y lucrativas palomas, en vez de los cuervos, que, encaramados en las piedras desiguales de la cima, entristezan en el dia con sus funerales graznidos á los labradores de los campos circunvecinos. (1)

A la sombra de este castillo y, al parecer, casi enteramente hundido en el suelo, se halla un lugarcillo de los mas miserables que es dado encontrar, por muchas tierras que se recorran, si se esceptuan, no obstante, las cercanías de Madrid,

(1) Pertenece este castillo en la actualidad al Excmo. Sr. marqués de Alcañices.

que son sin disputa un modelo perfecto en su género. Este lugar, que tiene por nombre Fuensaldaña, se compone en suma de una docena de casas, llamadas así por mal nombre, y de un convento de monjas cuyo exterior se halla en completa armonía con la magnificencia y grandiosidad de los edificios que lo rodean. Y si impelido por su devocion, ó por la curiosidad, ó enfin por la falta de ocupacion pide el forastero la llave de la iglesia, hallará ciertamente que su interior no es menos humilde que la fachada, pues todos sus adornos, á escepcion de tres ó cuatro pinturas, estarian suficientemente pagados con un par de celemines de trigo. Pero no así los cuadros.

Encima del altar mayor, supliendo la falta de retablo, hay un lienzo que tendrá de veinte á veinte y cinco pies de alto, con la anchura correspondiente, pintado por el maestro Pedro Pablo Rubens, obra admirable y de un estilo bastante distinto del que caracteriza á este célebre pintor. Sabido es que Rubens se dejaba arrebatar demasiado por su fogosa imaginacion, y no hacia siempre el debido caso de la pureza y correccion del dibujo, y que, por aspirar á grandes efectos, solia dar en exagerado. Su colorido es brillante en extremo; pero, en nuestro concepto, es con frecuencia lo que se llama un colorido de *convencion*, agradable, pero no verdadero; y, sin poner en duda los justos títulos de este pintor á la celebridad colosal que ha adquirido, nos parece innegable que tuvo todos los defectos de las cualidades eminentes que poseia, es decir, que insigne colorista abusó á veces de los colores; y no menos admirable compositor, recargó sus poemas (que este nombre merecen muchas de sus composiciones) de un número escetivo y fatigoso de incidentes. Pero en los cuadros de Fuensaldaña seria difícil y acaso imposible notar ninguno de estos defectos. El del altar mayor representa la Asuncion de nuestra Señora: la composicion es grandiosa, la espresion de la vírgen celestial, admirable el dibujo de las figuras (algo mayores que el natural), encantadora la armonía que reina en toda la obra, y el conjunto realmente prodigioso. Es de esas obras para cuyo elogio no hay palabras bastante expresivas. Y en verdad que es necesario un grandísimo conocimiento de la pin-

tura y ademas toda la autenticidad de este cuadro, para no dudar que sea del mismo pincel á que debemos la galeria de Médicis, los cuadros de la catedral de Ambéres y otras producciones no menos célebres, de un género enteramente distinto. En los altares colaterales hay otros dos lienzos mas pequeños del mismo autor.

Algunos se admirarán de que en un pobre convento de monjas, en medio casi de un desierto, se hallen tales tesoros; pero de estas cosas se ven con harta frecuencia en nuestra patria, que posee inapreciables riquezas de todas especies y de las cuales parece una virtud no hacer caso alguno.

Y antes de concluir, séanos lícito manifestar nuestros ardientes deseos, como amantes de las artes, de ver colocados estos cuadros en un parage en que estén menos expuestos á continuos deterioros, y en que puedan servir de modelos á nuestros artistas. — C. A.



Bellas Artes.

§. IV.

Si, como hemos visto, la arquitectura en los siglos XIII y XIV se elevó á tanta perfeccion en monumentos que hoy dia se admiran, por los grandes conocimientos matemáticos que encierran, particularmente en la estática; en la escultura y pintura, estos adelantos eran apenas perceptibles. Estas requieren, ademas de las sólidas teorías, cierto genio é inspiraciones que no podian menos de sofocar así los restos de la barbarie de aquellos tiempos, como ciertas creencias, asaz tristes y oscuras, amalgamadas con las verdades mas sublimes de nuestra religion. Finalmente, el conocimiento de la anatomía, necesario para representar la figura humana, les era absolutamente desconocido; y así en los mismos templos suntuosos,

atrevidos é imponentes, los adornos, trepados, la infinidad de hojarascas, bichos y otros objetos de ornato de egecucion sumamente prolija, son la única escultura de esta época que llame nuestra atencion, al mismo tiempo que las imágenes de los santos, las de nuestros monarcas y próceres, que reposan sobre las tumbas, conservan el cincel grosero, enteramente violadas las reglas de proporcion y equivocada la espresion de las figuras. Se halla en ellas, sin embargo, un cierto sello de candor y de cristiana inocencia, que si bien no es el resultado de un cálculo y meditacion del artista, es muy propio en las santas imágenes á escitar en los fieles sentimientos de devocion y de recogimiento.

Las esculturas del átrio y puerta del Niño perdido de la catedral de Toledo, y otras en algunos parages del cláustro, presentan una muestra del arte en el siglo XIII con todos sus caracteres, y puede creerse con fundamento que son del tiempo de la construccion de aquel templo venerable. A una época algo posterior, es decir, muy á principios del siglo XIV, pertenecen las estátuas de algunos reyes y obispos (1) en el presbiterio, pues tienen ya mejores proporciones, mas gusto y exactitud en el conjunto: tanto de la una como de la otra época quedan algunas muestras en Burgos, Leon y en algunas otras catedrales construidas en esta edad. Se ignoran los nombres de sus autores y es harto sensible que, en el largo espacio de dos siglos, cuatro solamente hayan podido salvarse del olvido, y vamos á citarlas por su orden.

El maestro Mateo es el nombre de un escultor que en 1278 trabajaba 9 apóstoles, que están en la fachada principal de la catedral de Tarragona, y que no carecen de cierta proporcion y mérito para aquella época. Las demas estátuas para la misma fachada no se hicieron hasta el año de 1375, en que el maestro Castalis, de Barcelona, esculpió los tres apóstoles que faltaban y nueve profetas, de mejores proporciones y gusto en los ropages. En 1880 el maestro Anrique hizo los bustos del sepulcro del rey D. Enrique II que está en la capilla de los reyes nuevos de la santa iglesia de Toledo, por lo que el rey D. Juan I mandó pagarle 4000 maravedises. Pocos años despues, en la capilla de S. Blas del mismo templo, labró Ferran Gonzalez la sepultura de D. Pedro Tenorio, que segun el epitafio falleció en 1399:

(1) Creen algunos, no sin fundamento, que estas figuras del lado del evangelio representan á D. Alonso VI y al moro Alfaqú, á D. Alonso el emperador, á D. Alonso VIII y al Pastor que le guió en la batalla de las Nava; y es lástima que algunas se hayan quitado de donde estaban, cuando se puso el sepulcro del gran cardenal de España.

inmediata á ésta labró la de otro obispo, y son dos obras sumamente curiosas y bien trabajadas. Se lee debajo del epitafio de la sepultura "Feran Gonzalez pintor.... è entallador."

Ignóranse absolutamente los nombres de los autores de otras numerosas obras que se hicieron en aquellos tiempos: muchas de ellas, y en particular las que se hacian á fines del siglo XIV, son en extremo curiosas é interesantes, pues que en ellas, en medio de graves defectos, se admiran algunos detalles muy recomendables. En las últimas citadas del maestro Castalis, que labró en Tarragona, y en otras que se hallan en la corona de Aragon, se entrevee algun ligero indicio del primer paso que el arte daba á su restauracion; y si examinamos el estilo de las esculturas de las Castillas y Provincias Setentrionales de España, tan inferior al de las que se esculpian en la corona de Aragon, no será tan difícil creer que su luz, aunque muy débil, penetró en estas regiones desde la célebre escuela de los pisanos. Nadie ignora el roze y relaciones que aquella república tenia con los catalanes y aragoneses, y es muy probable que esta escuela, que principió á restaurar en Italia la escultura por medio de sus compatriotas Nicolás y Juan Pisano, y mas adelante por Arnolfo y Lapo Florentinos, ahuyentara poco á poco la profunda oscuridad en que yacia el arte, tanto en nuestras provincias como en todo el resto de la Europa. Es bien manifesto que muchas de las esculturas de esta época tienen los mismos cánones, máximas y detalles, que las que con tanto éxito y admiracion de Italia produjeron en aquel siglo Juan y Andres Pisano, y Arnolfo de Florencia en las obras que ejecutaron en Roma, Nápoles y algunas ciudades de la Toscana. Casi todas las imágenes de la vírgen que se conservan en nuestros templos del siglo XIV y sobre las portadas de las iglesias, claustros y sepulcros son copias casi exactas de las que Nino y Juan Pisano y Roberto Arnoldi hicieron, el primero en la iglesia de *Sta. Spina*, en Pisa, y los últimos en la Misericordia y puerta lateral del *Domo*, en Florencia. La Madre de Dios, en pie, ademas del ligero velo y corona al estilo ducal que adorna su cabeza, tiene un manto, apoyada una parte, por lo general, sobre el hombro izquierdo; lo restante pasa por debajo del brazo derecho, y cubriendo el cuerpo hasta debajo de la rodilla queda sujeto con la misma mano y brazo izquierdo que sostiene á su divino Hijo, presentando al mismo lado sus bordes un partido de pliegues, largo, grandioso y de muy bello efecto. La vírgen flanquea ó apoya sobre el muslo izquierdo, y por esta mecánica natural del cuerpo queda un tanto desviado su torso y rostro del niño, á quien mira con cariño maternal. La devocion de los fie-

les ha cubierto de ricos brocados muchas de estas imágenes, en formas no muy distintas de una campana, que las desfiguran notablemente. El aficionado á las artes que haya tenido ocasion de observar estas obras en paises tan distantes del objeto, encontrará esta identidad y reminiscencia en las esculturas indicadas, y se confirmará en esta asercion (nueva hasta ahora) que á primera vista parece fundada sobre datos débiles y equívocos. Si los límites de estos artículos, en que solamente se trata de echar una rápida ojeada histórica sobre el arte en España, lo permitieran, trataríamos á fondo por primera vez esta materia, que será asunto mas adelante para otros artículos aislados en que nos proponemos ilustrar muchos monumentos y antigüedades patrias. = V. C.



Recuerdos

DEL SITIO

de la ciudadela de Amberes por los franceses en 1832.

FRAGMENTO V.

Suspension de Armas.

Aun no habia salido de mi alojamiento en la mañana del 23 de diciembre, cuando me anunciaron que habia capitulado la ciudadela, noticia que recibí con bastante incredulidad, por lo acostumbrado que estaba á oír diariamente los rumores mas absurdos. Notando, sin embargo, que habia cesado el fuego, me trasladé sin dilacion á las trincheras, y llegué á tiempo de presenciar un espectáculo muy distinto, en verdad, del que los dias anteriores se ofrecia á nuestra vista en las inmediaciones de la batería de brecha.

El parapeto de la ciudadela se hallaba coronado en casi todo su frente de soldados holandeses que, aprovechándose de la suspension de las hostilidades, se habian apresurado á salir de los subterráneos á prueba de bomba, en que durante

tantos dias habían estado hacinados, y que exhalaban ya un olor fétido é insoportable. Encaramados en la cresta de sus elevadísimas murallas, con los brazos cruzados sobre el pecho y con la inmovilidad propia de su espesa y mantecosa sangre, contemplaban los holandeses con suma curiosidad las obras de los sitiadores, sus numerosas baterías y los negros surcos de las trincheras, que se recortaban á lo lejos en la llanura en líneas caprichosas é interminables, escondiéndose á veces entre los árboles ó detras de las casas, para volverse á aparecer de nuevo, cada vez mas cerca y mas amenazadoras. En los semblantes lánguidos é inmóbles de los holandeses era fácil, no obstante, conocer cuan grato era para ellos el poderse calentar á los rayos suaves y consoladores del sol, y respirar un ambiente puro y saludable, despues de tantos dias de encierro en medio del fango y la putrefaccion.

Los franceses, por su parte, tambien fuera de sus trincheras y baterías, contemplaban con no menor curiosidad á unos enemigos que aun no habian logrado divisar sino á larga distancia y por la estrecha abertura de una tronera.--¿Qué diria nuestro famoso Rui Diaz del Vivar, si de repente le fuese dado quebrar la losa de su sepulcro y volver entre nosotros, y viese que los hombres han inventado el arte de hacerse pedazos unos á otros sin verse? Grande seria su ira, grande su desprecio hácia nosotros. Empero, no dudo que el espectáculo que en este dia presencié, le hubiera parecido digno de aquellos tiempos de fé y de honradez en que nuestros paladines dejaban por do quiera tan bien puesto el nombre español.

Sitiados y sitiadores se hallaban cara á cara, separados unicamente por el foso: los cañones atestados de metralla estaban de ambas partes apuntados, y la mecha que ardia al lado de ellos podia en un instante desbaratar las filas de los opuestos bandos; la sangre brotaba hirviente y espumosa de las heridas recientes, y los cadáveres del comandante Gannal y del capitan Grand-sire, tibios todavia, estaban clamando venganza.... y no obstante, ni un solo grito de rencor se oyó de ningun lado en toda la mañana. No parecia sino que el sitio de la ciudadela no era

otra cosa que un simulacro, en el cual amigos y enemigos pertenecian todos á una misma nacion, á un mismo ejército.

En el foso bastante estrecho de la media luna contigua al baluarte de Toledo, habian empezado á construir los sitiadores un puente de faginas, que á la sazón se hallaba ya bastante adelantado para que, si bien con alguna incomodidad y no sin peligro, se pudiese pasar al otro lado. Por otra parte, no estando revestida de mamposteria la escarpa de dicha media luna, era fácil bajar por su declive hasta la estacada casi horizontal que la defendia. Una vivandera francesa examinó todo esto, y como inspirada de repente, la vimos, cuando menos lo esperábamos, pasando sobre las mal seguras faginas ir á ofrecer aguardiente á los soldados holandeses. Uno de estos, con licencia de su gefe, bajó hasta la estacada, empinó marcialmente, y sin hacer ninguna observacion ociosa, el vaso que le ofrecian y regresó sosegadamente á su puesto, dando en su nombre las gracias á la vivandera el oficial holandés, y sellando este acto los aplausos y palmoteos de los soldados franceses. Diez minutos despues se dió la órden de que cada uno volviese á su puesto y estuviese pronto á romper el fuego.—Esta escena me enterneció, lo confieso; y entónces no pude menos de exclamar: ¡Y aun hay quien diga que la civilizacion es una quimera!!!

Hé aquí otro hecho acaso mas elocuente todavia.

Hallándose el general holandés escaso de hilas y de vendas para sus heridos, envió un mensaje á su adversario el mariscal Gérard, suplicándole que le socorriese con algunas; y este último no titubeó en mostrarse digno de la confianza que en su generosidad habian manifestado sus enemigos.

Y en verdad que jamas se ha visto un combate del carácter de este. Es un reto de buena fé, un duelo en toda regla, en el cual se pelea sin odio ni rencor, pensando únicamente en satisfacer á las leyes del honor; y terminada la lid, solo queda la memoria de los rasgos de valor y de generosidad que ennoblecieron á los combatientes. Es exactamente un duelo, en que se aplazan el dia y el lugar, y se estipulan de antemano las condiciones.

El palenque es el campo que circunda la ciudadela de Ambéres; allí es donde se han de romper las lanzas: fuera de él todos son amigos. Del lado de la esplanada se pasean pacíficamente los soldados franceses y holandeses, á pocos pasos unos de otros, y oyen, sin dar la menor señal de irritación, el cañoneo que está diezmado á sus hermanos.

No puedo menos de repetirlo: en esta pequeña campaña de un mes encuentro un sello particular, veo un paso grandísimo hácia una paz, sino eterna, al menos duradera. Los resentimientos particulares, cuanto podia ajar el amor propio de las dos naciones beligerantes, ha desaparecido ante el interés general. Rendida la ciudadela á las armas francesas, tomaron inmediatamente posesión de ella las tropas belgas, sin que los sitiadores tuviesen el consuelo de ver ondear, ni siquiera durante algunas horas, su bandera nacional sobre unas murallas que acababan de conquistar para sus aliados, á costa de su sangre mas preciosa.

—Porque en el día nadie ignora que el valor no es incompatible con la razón.

FRAGMENTO VI.

Último Combate.

Ya se habia firmado la capitulación: solo faltaba la ratificación de algunos de sus artículos por el rey de Holanda, y un batallón francés estaba en posesión de una de las puertas de la ciudadela. La noche iba cerrando por instantes, y yo regresaba á paso lento de las trincheras á la ciudad, taciturno y melancólico, sin saber en realidad por qué, y experimentando una sensación singular que me seria sumamente difícil describir. Desde que habia cesado el estruendo de la artillería se me figuraba que le faltaba alguna cosa á la naturaleza: y no es esto de extrañar, si se considera que en efecto acabábamos de pasar de un extremo á otro, del movimiento y bullicio de los combates á la paz y al silencio de las tumbas.

Al entrar por la puerta de Malinas salió á mi encuentro un capitán belga amigo mío, á quien acababan de dar la orden de que se hallase en el

muelle con su compañía y algunas otras mas á cierta hora de la noche: se temia que la flotilla holandesa, que no estaba comprendida en la capitulación, tratase de evadirse á favor de las tinieblas. Testigo personal de los principales incidentes del sitio, no quise dejar de presenciar éste que, segun todas las probabilidades, debia ser el último de todos, si bien el primero y único en su género.

Trasladéme, pues, al punto de reunión á eso de las diez de la noche. El muelle estaba cubierto de soldados belgas, erizado de piezas de artillería y guarnecido de centinelas, que se paseaban sobre el parapeto construido durante las hostilidades para dominar el río. Reinaba un silencio universal, interrumpido únicamente por el rumor que siempre se desprende de las reuniones considerables de hombres, por el murmullo del agua que azotaba las paredes del muelle y resonaba á lo lejos como el zumbido del viento en una alameda, y finalmente, por el ronco son de las cadenas de tal cual barco amarrado á la orilla, que se mecía á compas. Delante de nosotros, el magestuoso raudal del Escalda, formando horizonte por muchos lados: á nuestra espalda, la ciudad oscura y silenciosa, sin mas luz que la que en sus tejados derramaba la luna, sin mas ruido que el ladrido de algunos perros, el *¿quién vive?* de los centinelas, y la armoniosa orquesta de campanas con que el reloj de la catedral advertía á los habitantes el curso perezoso de las horas. Esta música, que es tan general en los relojes de las iglesias del Norte, tiene, oída de lejos, un misterio y un encanto extraordinarios. Cuando en medio del estruendo de la artillería llegaban á nuestros oídos aquellos sonos vagos y al parecer inconexos, pero al mismo tiempo tan armoniosos, débiles unas veces é imperceptibles como el murmullo del viento en una flor, sonoros y vigorosos otras, segun los caprichos del aura; al oír aquella música, solemne como la torre gigantesca de que se exhalaba, no podia menos de elevarse nuestra imaginación á las regiones celestes, de las cuales parecia desprenderse aquella armonía, como el canto de los ángeles alabando al Señor é implorando el perdón de los que á sus pies fecundizaban la tierra con su sangre.....

Largo rato habíamos esperado en vano, y

ya empezabamos á dudar que se realizase la tentativa anunciada, cuando de repente nos pareció distinguir en medio del río un cuerpo opaco que se recortaba sobre el reflejo plateado de la luna. Todos los ojos se clavaron en él, y aun dudaban muchos todavía, cuando una voz sonora gritó cerca de nosotros: ¡Soldados! ¡apunten! fuego!!— y un centenar de balas de fusil saludaron con sus silvidos infernales la lancha holandesa, que resbalaba sobre el agua con la rapidez de una saeta. Las baterías del muelle le hicieron inmediatamente sus saludos, pero en vano, porque, avistada demasiado tarde, se perdió poco después en las tinieblas. Sin embargo, hallándose aun el resto de la flotilla enemiga delante de la *Cabeza de Flandes*, (1) se tomaron nuevas disposiciones para divisarla á tiempo y disputarle vigorosamente el paso. Pero el comandante de la marina holandesa, Koopman, no tuvo por conveniente exponer su escuadra y sus tripulaciones á los azares de un combate desventajoso para él, bajo todos conceptos.

Ya llevaban los belgas algunas horas de la mayor vigilancia, sin que ninguna sombra manchase la superficie tersa y plateada por intervalos del Escalda, y no se sabía generalmente que pensar, cuando un reflejo de fuego llamó nuestra atención del lado de la *Cabeza de Flandes*. Poco después, las llamas que vimos lanzarse á las nubes, nos anunciaron que la flotilla holandesa había sido incendiada.

Magnífico espectáculo se ofreció entonces á nuestra vista. Hechos ascuas los mástiles se cimbreaban en el aire como árboles de fuego, hasta que, roída su base por la llama, cedían á su pesadumbre, quebrándose al caer en mil pedazos como si fuesen de vidrio, y zumbando con violencia al sepultarse en el agua. Una luz vivísima bañaba algunos de los edificios de la cabeza de Flandes, quebrándose en mil reflejos sobre sus vidrieras; y en medio del resplandor se paseaban como sombras siniestras y de mal agüero los holandeses, que, prefiriendo que su escuadra fuese pasto de las lla-

(1) Fuerte situado en la orilla opuesta del Escalda en frente de la ciudadela.

mas, á pasar por la ignominia de que se apoderasen de ella los franceses sin perder un solo hombre, contemplaban con una alegría feroz su flotante domicilio devorado por dos opuestos elementos.

Al cabo de cierto tiempo resonaron sucesivamente algunas detonaciones, volaron los tizones por el aire, desapareció la llama y la naturaleza toda volvió á su acostumbrada tranquilidad. Entonces cada cual regresó á su alojamiento.

Hasta aquí las armas: en adelante solo debían trabajar los protocolos.

En el próximo número daremos el último fragmento, para completar la serie de cuadros que nos hemos propuesto presentar á nuestros lectores.



Separacion.

.....
"Pláceme ya de acabar
Esta vida en que viví."

Romancero general.

Dícenme que me faceis

Denuesto, Señora mia,

Pues galanes á porfia

En mi ausencia entreteneis.

No es tenido un amador,

Que ha desdeñosa muger

A fincar, sin el poder

De desfacer su dolor.

Ahora mesmo me voy

Lueñe, pues desaguisado

Tal, á home non falagado

Como de vos non lo soy,

Honor me face en dejaros,

Magüer non lo sentireis,

Y desta guisa podreis

Bien en mi ausencia folgaros.

¡Guai! de quien ojos tan bellos

Non se cure de evitallos,
 Que si es fácil falagallos,
 Tambien es fácil perdellos;
 Mas de vuestas fechorías
 Non fago querella, non,
 Que á varonil corazon
 Non dañan vuestas falsías.
 Y pues entojó fue amar,
 Y otro entojó aborrecer,
 Non ya me quiero esponer
 A que os volvais á entojár. = P. de M.



¡YADESTE!

En los primeros años del imperio de Oriente, pusieron en moda las damas una especie de juego de prendas, que consistía en no aceptar cosa alguna de la persona con quien se jugaba sin pronunciar antes la palabra *Yadeste*! Duraba cada partida, como es de imaginar, semanas y aun meses enteros, y la ganaba (y juntamente con ella, la prenda que tenía á bien exigir) el que sorprendía á la persona con quien tenía entablado el juego, aceptando una friolera cualquiera sin pronunciar esta palabra sacramental. (1)

Hemos dado esta esplicacion por ser indispensable para la buena inteligencia de la anécdota que vamos á referir.

Compuso un austero filósofo de los pasados tiempos, un libro en que procuró reunir todas las astucias que emplea el sexo hermoso para engañar á los hombres; y á fin de precaverse contra las

seducciones mugeriles lo llevaba constantemente consigo. Yendo, pues, viajando por el desierto, le cogió la noche á corta distancia de un campamento de árabes, á cuya entrada estaba sentada, junto al tronco de una palmera, una jóven de extraordinaria hermosura, que al verle llegar cansado y sudoso, le convidó con la mayor gracia y cortesía imaginables á entrar en su tienda y tomar en ella el descanso que tanto habia menester; y ambas ofertas aceptó el filósofo, vencido no menos por sus instancias que por el halago de su hermosura. Estaba ausente á la sazón el marido de nuestra hermosa; y habiéndola presentado al viajero inmediatamente, como diligente huésped, algunos dátiles frescos y una alcarraza llena de leche, no pudo él menos de sentir en sí algunos deseos amorosos, escitados por la soledad del sitio, por el blando calor del muelle tapiz sobre que estaba sentado, y mas que todo por la rara perfeccion de formas que no pudo menos de admirar en su huésped hospitalaria. Pero temeroso de sucumbir á tantas tentaciones reunidas, sacó el filósofo su libro del bolsillo y se puso á leer.

Desagradó, como es de imaginar, esta prueba de indiferencia á nuestra seductora sirena, y así le dijo con el acento mas melodioso que pudo.

—Muy interesante debe de ser ese libro, cuando te parece el único objeto digno de fijar tu atencion..... ¿podré, sin pasar por indiscreta, saber cual es la ciencia de que trata?

Cabizbajo y con tono algo seco, respondió el filósofo.

—El asunto de este libro no es de la competencia de las mugeres!

Escitó mas y mas la curiosidad de la jóven árabe, la lacónica respuesta del filósofo. Adelantó entonces, como por descuido, á los ojos del viajero uno de los mas menudos y delicados pies, cuya huella recibieron jamás las movibles arenas del desierto, lo que ocasionó en el filósofo numerosas distracciones. No tardaron sus ojos en pasar del lindo pie de nuestra hermosa á su cintura y á su garganta no menos seductoras, y acabó, en fin, por dar al traste con todos sus escrúpulos, el fuego que lanzaban los ardientes y negros ojos de la jóven asiática.

(1) Véase *Fisiología del matrimonio*, tomo II.



Volvió entonces á reiterar su pregunta con tímida y dulce voz: á la que respondió el ya seducido filósofo:

— Yo soy el autor de esta obra, aunque, á decir verdad, el fondo de ella no me pertenece. Contiene todas las malicias y artimañas que han inventado las mugeres.

— Todas! interrumpió admirada la hija del desierto.

— Sí, todas; y solo á fuerza de estudiar constantemente á las mugeres, he llegado á conocer y evitar sus artificios.

-- Ah! dijo la amable jóven, inclinando al suelo las largas pestañas de sus blanquísimos parpados.... y lanzando luego repentinamente una ardiente mirada de amor al austero filósofo le hizo olvidar en un punto su libro y lo que en él se contenía. No tardó, arrastrado por una fuerza invencible, en aventurar una declaración amorosa.... Y qué mucho? Brillaba en el cielo un azul purísimo, y las arenas del desierto resplandecían á lo lejos como una lámina de oro; el aura de la noche traía en sus alas todos los fuegos del amor, que reflejaba en su semblante la hermosa hija del Arabia; brillaban sus ojos húmedos de deleite y languidez; y con una leve inclinación de cabeza, que pareció imprimir un movimiento de ondulación á la luminosa atmósfera que la circundaba, consintió en escuchar las palabras de amor que suspiraba postrado á sus pies el extranjero.

Entrevia ya nuestro filósofo un paraíso de venturas, cuando oyendo el galope de un caballo que parecía acercarse con la rapidez del viento, exclamó azorada la gallarda jóven.

-- En nombre del Profeta, escóndete en este cofre si amas la vida! Mi marido va á sorprendernos y es celoso como un tigre!...

No viendo el aterrado filósofo otro modo para salir de aquel atolladero que el de hacer lo que se le decía, acurrucóse en el cofre lo mejor que pudo: cerróle en seguida su adorada y guardóse la llave.

Entró en esto su esposo, cuyo buen humor escitaron en breve las caricias de nuestra heroína.

-- Tengo, le dijo al cabo de un breve rato,

que contarte una aventura muy original.

-- Ya te escucho, gazela mía, respondió el árabe sentándose sobre una pequeña alfombra turca y cruzando las rodillas á la manera oriental.

-- Aquí ha venido, dijo, mientras tu estabas fuera una especie de filósofo que se gloria de haber reunido en un libro cuantas bellaquerías hace mi sexo, y esto no obstante se ha puesto á decirme amores.

-- Amores!!! exclamó el árabe.

-- Y yo le escuchaba gustosa, añadió ella con la mayor serenidad. Es jóven, emprendedor.... y en verdad que has llegado muy á tiempo; porque sino....

Al oír estas palabras, desenvainó el árabe su cimitarra rugiendo como un león; y el filósofo, que desde el fondo del baul donde yacía mas muerto que vivo, estaba oyendolo todo y daba diente con diente, maldecía entre sí su estrella, su libro y todos los hombres y mugeres de las tres Arabias.

-- Fátima! exclamó el airado marido, si aprecias en algo la vida, dime al punto donde se oculta el traidor....

Aterrada Fátima al ver la tempestad que ella misma habia ocasionado, se arrojó á los pies de su esposo; y temblando bajo el puñal amenazador que resplandecía sobre su cabeza, indicó el cofre con una mirada tan tímida como rápida; y sacando la llave que llevaba en la cintura, se la presentó al celoso; pero en el momento mismo en que éste se disponía á abrir el cofre ardiendo en cólerica saña, prorumpió la maliciosa Fátima en una larga y sonora carcajada. Paróse el árabe confuso, mirando á su muger con inquietud y despecho.

-- Venga la cadena de oro que tantas veces te he pedido inútilmente, dijo Fátima saltando de alegría: venga, venga que has perdido el *Yadeste!* y.... esto te enseñará á no ser otra vez tan olvidadizo.

Estupefacto el marido, dejó caer la llave de entre sus manos y presentó la prestigiosa cadena de oro, arrodillado ante su adorada Fátima, prometiendo darle cuantas joyas tragesen las caravanas en todo aquel año, si renunciaba á emplear

tan crueles artificios para ganar el Yadeste! Entonces, como era árabe y no le gustaba por consiguiente perder una cadena de oro y una apuesta, volvió á montar en su caballo y fuese refunfuñando por aquellos vastos arenales, demasiado galan para mostrarse sentido á presencia de su muger.

Fátima entonces, sacando del baul al aterrado amante de Sofía le dijo con muchísima gravedad.

-- No se olvide el señor filósofo de insertar esta anécdota mas en su preciosa coleccion. = E. O. =



EN LA MUERTE

DE

Doña María Candelaria Casajús.

Soneto.

Linda hermosura, que en su edad florida
Ennoblecíó del Bétis la ribera,
Al crudo golpe de la Parca fiera
Yace aquí en triste polvo convertida.
¿Por qué mi amarga y enojosa vida
Aun el golpe fatal gimiendo espera?
¿Por qué el árido espino persevera,
Si la rosa cayó del cierzo herida?
Jóven á las mansiones del espanto
Desciendes; la vejez, triste al perderte,
Queda entregada al tédio y al quebranto.
Asi se burla de la edad la suerte;
Y yo baño tu losa en tierno llanto
Cuando debieras tu llorar mi muerte.

A. L.

LOS DOS INGLESES.

" -- Venga V. mañana á comer conmigo. -- De muy buena gana lo haría, amigo mio; pero me he dado palabra de matarme mañana mismo...."

BULWER.

Por cierto que son gente algo estrafalaria nuestros nuevos aliados los ingleses, y que no deja de ser cosa muy digna de atencion, el que, á pesar del roce continuo que han tenido de largos años á esta parte con todas las naciones del continente, conserven vírgenes todavia su originalidad y aspereza estos valientes isleños. Su idioma, sus costumbres y hasta su modo de vestir, todo lleva el sello de la singularidad, todo los hace distinguirse de los demas hombres en cualquier parte donde se hallan, cosa que á decir verdad los hace en extremo apreciables á mis ojos; y lo mismo, salvo alguna que otra escepcion, sucede á cuantos tienen ocasion de frecuentar su trato. Si carecen de aquella amable ligereza que caracteriza la sociedad de los franceses y de aquella brillante travesura y mantecosa elasticidad que distinguen á los italianos, poseen, en cambio, una rectitud de principios y una sensibilidad tan profunda, que hacen de ellos los mejores amigos para el trato de la vida que pueden hallarse en toda Europa, si se exceptua á los que han tenido la dicha de nacer en nuestra España. La historia privada de la mayor parte de los ingleses presenta, para los que saben meditar sobre los misterios del corazon humano, una porcion de anomalías y contrastes que muy rara vez se encuentran en la historia de los demas hombres. El clima áspero de su pais debe necesariamente contribuir á fomentar la melancolía habitual de su carácter; y la extraordinaria vehemencia con que se desarrolla en ellos el amor de la pátria, es causa probablemente de su mucho orgullo y gravedad. Algunos atribuyen la glacial circunspeccion que los distingue, á falta de sensibilidad, pero se engañan; los ingleses son como cierto fruto americano que, debajo de una corteza durísima, encierra el mas delicado manjar. Esto no

impide sin embargo que sean en efecto muy estrafalarios, como lo prueba la siguiente anécdota.

Paseabanse una mañana dos amigos ingleses por los hermosos bosques de Regent's Park, siguiendo las orillas de un arroyo bastante crecido, que, segun la costumbre de los jardines de Inglaterra, serpenteaba por aquellas praderas, imitando con ingenioso y oculto artificio los caprichos de la naturaleza. Llamó la atencion de los dos amigos un arbolito en extremo gracioso, cuyas ramas caian sobre las aguas del arroyo, bañando en ellas algunas de sus hojas, lánguidas como la cabeza de un amante reclinada en el seno de su querida.

— Hermoso arbolito por cierto, dijo el un amigo al otro, mirando atentamente las ramas que inclinaba sobre el arroyo.

— En efecto, respondió su compañero; difícil seria hallar un objeto mas delicado y mas puro que el que estamos mirando. ¡Qué color tan encendido!... Qué lozanía!... Qué gracia!... Pero con todo, añadió dando á su fisonomía meditabunda una espresion muy singular, como si de repente le hubiera ocurrido una idea luminosa; una cosa le falta á ese arbolito para ser lo que se llama un objeto digno de profunda meditacion.

-- Y qué es ello?

-- Sí, prosiguió como si no hubiera oido esta pregunta; le falta una cosa que le embelleceria sobre manera, y... yo me encargo de procurarsela.

-- ¿Pero que es lo que le falta?

-- Mire V., amigo mio; mañana á estas horas, pase V. por aqui; mire este árbol con atencion y verá como le parece mucho mas extraordinario y patético que en este momento.

— Allá lo veremos, contestó el otro sonriendo; y á fé que no dejaré de venir á ver esa curiosidad que V. me anuncia.

Prosiguieron su paseo los dos amigos sin que les sucediese cosa digna de contarse, y mudando frecuentemente de conversacion hasta el punto de olvidar la que habian tenido acerca del arbolito. Separáronse alrededor de las cuatro de la tarde, despues de haber encargado nuevamente á su compañero el que habia tenido la ocurrencia de embellecer el árbol, que no dejará de volver á visitarle al dia siguiente por la mañana.

Asi lo hizo en efecto nuestro inglés; y habiéndose llegado á contemplar de cerca el misterioso vegetal, vió lleno de horror que pendia un hombre ahorcado de sus gentiles ramas; y este hombre, luego que lo hubo mirado con atencion, vió que era su mismo amigo con quien habia paseado el dia antes por las orillas de aquel arroyo.

E. O.

TEATRO DE LA CRUZ,

Funcion extraordinaria á beneficio del señor García Luna.

El martes hubo una funcion extraordinaria á beneficio del Sr. García Luna, compuesta de una tragedia en cinco actos *traducida del francés*, de una pieza en un acto *traducida del francés*, un baile que tambien pudiera llamarse *traducido del francés*, y finalmente un sainete del famoso D. Ramon de la Cruz, original, por de contado, y admirable en su género. No lo es menos, *sin duda alguna*, la académica tragédia de los *Templarios*, escrita, segun costumbre, en endecasílabos, y sembrada de trozos de cuarenta y sesenta versos, á que dan lugar al que los dice de lucir sus robustos pulmones, su voz sonora y su clara y fácil pronunciacion; tragedia, enfin, conforme en un todo á la indispensable ley de las unidades, pues que en un mismo dia y en el mismo salon se conspira, se acusa, se defiende, se duda, se decreta, se condena, se perdona y si no fuese porque Horacio ha dicho: "Nec pueros coram populo.... &c.", veriamos tambien arder á los templarios sobre la misma alfombra, cantando las dulzuras de la llama que lame y acaricia sus miembros santamente: todo está, en una palabra, muy arreglado: la lástima es solamente que, á pesar de algunas pinceladas bastante felices que alguna que otra vez se encuentran en esta tragédia, conserve el corazon durante toda su representacion aquella plácida tranquilidad, que es de rigor en el que asiste á una pieza bien compuesta y que no discrepa ni un ápice de las reglas escolásticas. -- *La Heredera*, que así se titula la pieza en

un acto, no pasa de un juguete en que hay algunas ocurrencias graciosas, pero que entra en el número de esas piezas que la primera vez se ven con alguna sonrisa, la segunda con indiferencia y la tercera con sueño. -- Ahora viene el *baile general compuesto y dirigido por el Sr. Casas*, según lo anunciaba el diario de avisos. En primer lugar, una pantomima grotesca, vulgar y hasta indecente (dígalo sino cierto instrumento con el cual es imposible conciliar ideas de limpieza y que vimos figurar en la escena): luego un baile ni francés, ni español, ni de ninguna nación de las comprendidas en los mapas geográficos, del mismo modo que los trages de los tres profesores de danza, que son realmente cosa de ver. No dudamos que una jota ú otro baile nacional cualquiera (si se exceptúa la gallegada, modelo singular de estupidez) bailado por los mismos habria arrancado al público los aplausos que negó al *baile general*, si bien faltó poquísimo para que le concediese los honores tradicionales, ó por mejor decir, hereditarios, que siempre prodiga al alguacil que en las funciones de toros lleva la llave del toril.

COMUNICADO

Sobre el revoque de las casas.

DON PÁNFILO.

Oh! amigo D. Timoteo! V. por aquí! No le creia tan aficionado á la arquitectura para estar-se mas de media hora ha mirando esta casa con tanta atencion como si fuera suya. ¿Halla V. en ella algo que le choque?

DON TIMOTEO.

Ciertamente, amigo Don Pánfilo, que no se ha engañado V. en lo que respecta á la afición; pero no me considero con los conocimientos necesarios para poder hacer observaciones, y solo puedo decir que quien ha visto una casa de las que en el día se construyen en la corte, las ha visto todas; ni creo que para esto se necesiten arquitectos, bastando un simple práctico ó maestro de obras. Mi curiosidad procede de otra causa, y es la de ver si podia adivinar qué revoque darán

á la que miro; si será el de *color de rosa* como le tiene la que está á la derecha: si el *verde* como la que está á la izquierda: si el *lila* como la de mas allá, ó si.....

DON PÁNFILO.

Perdone V. le interrumpa, que yo voy á satisfacer su curiosidad. A esta fábrica que he mandado ejecutar y á la que solo falta el revoque, se le dará en el cuerpo bajo una tinta que imite la piedra berroqueña, y de allí arriba una de amarillo muy subido tirando al anaranjado, de modo que forme un hermoso resalte con las ventanas de un color azul subido, y las jambas con el friso y cornisa blancos. ¿Eh? ¿y qué le parece á V.? ¿no estará hermosa y llamará bien la atencion de los que pasen por esta calle?

DON TIMOTEO.

En cuanto á eso tiene V. mucha razon, y llamará mucho mas todavia si se pintasen las puertas de color de bermellon, y las jambas de un verde vivo á manera de papagayo, de cuyo conjunto de colores no podia menos de resultar mucha armonía y verdad.

DON PÁNFILO.

Me parece que V. se chanea, amigo mio, porque esos dos colores que acaba de indicar son demasiado chillones para que puedan producir armonía, y mucho menos dar la idea de la verdad como V. dice.

DON TIMOTEO.

Seguramente ha acertado V. en eso de que me chanceaba de su revoque; y los colorines que yo añadí estaban en perfecta armonía con aquellas disparatadas tintas..... disparatadas, sí; porque no imitan á las que tienen los materiales que se usan en la fabricacion de las casas ó edificios. ¿A qué hombre sensato y de mediano gusto no le han de causar hastío esos revoques de colorines verdes manzana, azules celestes, lilas y amarillos rabiosos que se ven sembrados por todas las casas de la poblacion, y ¡de que poblacion! nada menos que de la capital de España, en donde debia prevalecer el gusto mas puro y delicado, sirviendo de modelo á las demas ciudades del reino. Dígame V. amigo; ¿no son la piedra berroqueña, la colmenar y el ladrillo, las materias con que se construyen las casas? pues ¿á qué embadurnarlas de blanco y otros colorines, privándolas de la apariencia de solidez, que es una circunstancia esencial en todo edificio, y dándonos á entender al mismo tiempo que están formadas de tramoya como los telones del teatro, ó con cartones como las casas que

venden los tiroleses para juguetes de chiquillos?

Iba á proseguir el bueno de D. Timoteo, cuando le interrumpió D. Pánfilo diciéndole: ¿dígame V. señor crítico (pues que este nombre le puedo dar viendo su mal humor) ¿no resultaría una monotonía triste y opaca sino se revocasen las casas con las tintas que V. tanto detesta y si se dejase descubierto el ladrillo con que están construidas? Y por otra parte ¿no sería una verdadera obra de romanos el encontrar las casas y dar las señas de alguna, mientras que hallándose revocadas con colores diversos está V. seguro de que su criado no se engañará cuando lleve un recado, bastando para que la encuentre explicarle su color como, por ejemplo, si se le dice, la casa está pintada de amarillo, azul ó verde, &c. &c.?

DON TIMOTEO.

Ni para lo uno ni para lo otro hay necesidad de pintar las casas con tales colorines, pues si el ladrillo con que generalmente se levantan las paredes de las fábricas es tosco y no está colocado con aquel arte é igualdad que distinguía á los albañiles de otros tiempos, revoquense en hora buena las paredes, pero sea este revoque de una tinta que imite cualquiera de las dos piedras de construcción, ó bien sea el ladrillo agramilado, figurando los compartimientos de las fajas, jambas, frisos &c. ó el mármol si se quiere para mayor riqueza, hermosura y contraste. Pero nada de eso; se ha de hacer todo lo contrario porque el mal gusto lo ha establecido así; y hasta la preciosa piedra colmenar con que la naturaleza ha enriquecido nuestro suelo se ha de blanquear, como si el yeso fuese una materia mas rica, hermosa y duradera. Y no vengan los arquitectos disculpándose con que los dueños de obra lo quieren así, porque en los edificios públicos que se dejan á su disposición, pintorrear la piedra y el precioso trabajo del gramil que es un dolor el verlo. Muchos ejemplos pudiera citarle á V. de esta triste verdad, pero para no ser demasiado prolijo citaré solo la Casa de Correos. Por lo que respecta á las señas bastará que las casas esten numeradas como se debe, sin repetir tres ó cuatro veces el mismo número en una sola calle. Vuelvo á repetirle á V. Sr. D. Pánfilo, que los malos arquitectos son los que tienen la culpa de todo el mal, por su falta de gusto y reflexión, pues de ningún modo admitiré el pretesto de que los dueños de obras lo quieren absolutamente así, pues no los creo bastante torpes é indóciles para no dejarse persuadir, si los arquitectos tratasen de convencerlos con razones como en su calidad de artistas están obligados á hacerlo, por ser esta costumbre tan contraria

al buen gusto, á la verdad y á la sencillez arquitectónica, que tanto contribuyen, desde el momento en que se entra por las puertas de una capital, á hacernos formar nuestra opinion acerca del estado de las artes en un pais. Y para que V. me entienda mejor, compare allá en su mente el cuadro que forma la entrada de Madrid por la puerta de Alcalá ú otra cualquiera, tal como están revocadas en el día las casas, con el que presentaría si lo estuviesen con arreglo á la razón y al buen gusto. El efecto que causa en el día es tan chillón como ridículo, pues ya empieza el hombre de un gusto delicado á ponerse de mal humor con solo ver la tinta color de *rosa ajada* con que está revocada la casa de la Inspección de Milicias, siguiendo todas las demas por el mismo estilo. ¿Qué cuadro tan diferente presentaría Madrid, aunque la mayor parte de las casas no tengan el menor viso de buena arquitectura, con un revoque bien entendido, disimulando en parte este defecto y presentando á la vista un conjunto agradable (que no sería en verdad ni triste ni monótono) con el color de las piedras berroqueña, colmenar y mármol blanco, que son al mismo tiempo susceptibles de mucha variedad en los grados de tintas mas ó menos subidos que produce la diversidad de las canteras!

Dígame V. amigo mio; ¿no recrearía la vista y el entendimiento un aspecto tan noble, rico y armonioso? = R.



ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

Pag.	Col.	Lín.	Dice.	Lease.
70	1	53	el 25 de febrero de Mullone	el 24 de febrero de Werner
id.	2	43	æmissa per aurem	demissa per aurem
72	1	3	sa convierta	se convierte
id.	2	11	el destino	el estímulo.

Fuensaldaña. Bellas Artes. Recuerdos de Ambéres. Separacion.
¡Yadeste! Soneto. Los Ingleses. Teatro de la Cruz. Comunicado.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



V. Cantarero la pintó del natural.

Al. Lit. de Madrid.

Asselineau la lit.

INSULA BARATARIA.

Ayuntamiento de Madrid

